N.º 4

1ª—

TRES MENSAJES A LA MUJER

por el Dr. Félix Martí Ibáñez

Mss
410

Mensaje eugénico a la Mujer 7

Mensaje a la Mujer Obrera. 13

La Mujer en la Revolución 26

BIBLIOTECA NACIONAL · MADRID ·

colección "Nueva Era"

3
104059

EDICIONES Y REPORTAJES
Claris, 20 - Tel. 20364
BARCELONA
1937

3
104059

R 348670



TRES MENSAJES A LA MUJER

COPYRIGHT BY
F. MARTÍ IBÁÑEZ

"Mujer, no eres sólo obra de la Naturaleza;
los hombres te están creando eternamente
con la hermosura de sus corazones y
sus ansias han vestido de gloria tu juventud.
Por ti labra el poeta su tela de oro imaginario;
el pintor regala a tu forma,
día tras día, nueva inmortalidad.
Por adornarte, por vestirte, para hacerte
más preciosa, el mar da sus perlas,
la tierra su oro, su flor los jardines del estío.
Mujer, eres mitad mujer y mitad sueño." ....

RABINDRANATH TAGORE
(De "El Jardinero".)

"La mujer debe cultivar las cualidades
de gracia y belleza del alma que encantan
al hombre, pero sobre todo aquellas otras
de trabajo, independencia espiritual y sacrificio
que son su mejor atributo de mujer."

RAMAKRISHNA
(De "El Evangelio de Ramakrishna".)

DEDICATORIA

A la "Agrupación de Mujeres Libres", legión abnegada de románticas luchadoras por el Ideal, con mi deseo de que avancen siempre y no desmayen jamás en su labor por crear una humanidad mejor, una sociedad nueva, una mujer espiritualmente evolucionada y libre.

A todas las mujeres revolucionarias.

DR. Félix MARTI IBAÑEZ

Mensaje eugénico a la mujer

MUJERES proletarias, libres mujeres de la libre Iberia! Al saludaros a vosotras, saludo también en vuestra representación a la esperanza de la Revolución española. Os dirige este llamamiento un hombre, que ha combatido muchos años a la defensa de vuestra libertad y vuestros íntimos ideales, que ha luchado por despertar en vosotras la serena y libre conciencia de vuestra misión amorosa y vuestros deberes sociales, y por crear en los hombres la convicción de que erais sus iguales en la vida, la profesión y el amor. No os he halagado nunca. Os hablé con la rudeza leal del camarada, pero también aureolando mis palabras con ese color azul de la esperanza, que todo lo eleva y dignifica, puesto que siempre os conceptué como una semilla biológica y social que, si no había llegado a florecer en plenitud, era por no haber sabido el hombre convertirse en jardinero de tan espléndidos brotes femeninos.

Mas ya sonó la hora y ha cantado el gallo anunciador de nuestro alborear radiante. La Revolución reclama vuestra incorporación colectiva a la Historia. Porque hasta hoy, fué la femenina una actuación netamente romántica en su individualismo. El siglo pasado marcó vuestras gestas heroicas: Mariana Pineda cayendo muerta bajo el azul en defensa de la Libertad, Josefina Butler encendiendo el alma del pueblo en la Inglaterra puritana al difundir por pueblos y montañas su mensaje de abolicionismo y redención de la mercenaria amorosa, "George Sand" proclamando en su "Indiana" el derecho a la libertad de amar, Ellen Key surgiendo a la defensa de las reivindicaciones femeninas, y tantas otras como en una bella pirueta social, escalaban el pináculo de luz de la alta historia.

Todo aquel romanticismo femenino, no os ha valido de nada. La redención histórica de la mujer no escapa a las grandes leyes de la Historia que nos han demostrado que la evolución y el progreso son obras de masas y no de individuos; de colectividades y no de adalides.

Por eso a la obra de rebeldía sentimental, magnífica y audaz, de nuestras heroínas, habéis de oponer hoy una acción femenina de masas que despertando la conciencia de las dormidas y empujando a las vacilantes os sitúe en un movimiento de verticalidad ascensional a nivel de los mares de la Historia. A la heroína, a la sacerdotisa, a la mística agitadora, a la indomable guerrillera, han de reemplazar ya ejércitos silenciosos y anónimos pero entusiastas y fecundos, de mujeres dispuestas a colocarse a la altura moral

del momento y a aceptar el sino de trabajo y sacrificio que el Destino les marca sin levantar jamás la mano en demanda de tregua.

¡Ese es vuestro camino y ese vuestro destino!

¡Aceptadlo! ¡Las que aun estéis al margen de la lucha, acudid a ella! ¡La Revolución os llama! ¡Nuestras filas resultan vacías sin vuestra presencia! Cuando está en peligro la cultura, la civilización, los más altos valores del intelecto y más firmes estructuraciones humanas frente a la barbarie africano-fascista, nadie debe desertar. ¡En nombre de la Humanidad, todas en pie! ¡Hombro contra hombro a nuestro lado, aprestaos para la lucha! ¡Abandonad el lastre de vuestros viejos prejuicios y acudid a la brecha! Y puesto que hubo una época —esa noche de pesadumbre que comienza en el imperio grecorromano y se extingue en los albores del siglo pasado— en la cual sólo tuvisteis deberes, en contraste con otro tiempo —la post-guerra en que vivisteis cómodamente reclinadas en la bandera de vuestros derechos—, acatadlos hoy ambos. Y que el precio de vuestros futuros derechos sociales, sean los penosos deberes que en el momento presente tenéis que cumplir.

Al hablar de los deberes femeninos, se despliega un abanico de horizontes a los cuales van éstos dirigidos. Y los primeros de esos deberes, son hacia sí mismo. Reflexionemos sobre lo que se os exige en las circunstancias actuales y lo que vosotras podéis ofrecer.

¡Vivimos en plena guerra civil! ¿No os habíais enterado aún algunas de vosotras —como a muchos hombres sucede, por desgracia? Vivimos en pie de guerra, y la retaguardia es también frente de combate. Y quien en la retaguardia no combate, ese es un traidor a la causa. Pero el combate de retaguardia es el trabajo. Con lo cual, al reconocerlo emerge a sotavento, en nuestro mensaje, la imagen de nuestro primer deber hacia la causa que defendemos. Algunas de vosotras llevadas de un impulso noble y admirable, marcharon al frente, a las líneas de fuego, en donde restalla el cañón y la ametralladora teje en la noche sus cadenetas de muerte. En los campos de batalla, muchas de vosotras os habéis cubierto de gloria. Manos que antes manejaron la aguja, hoy no tremolan al empuñar el fusil. Obreritas gentiles, que antes vivieron una existencia gris cosiendo a la luz de la lámpara y paseando el domingo con el mantoncillo airoso sobre el busto valiente, hoy forman en los cuadros de mando del ejército proletario. ¡Rindámosles homenaje! A las que en los frentes del Norte, sobre las crestas con peinado de nieve, rasgan la bruma de algodón con el fuego de sus fusiles y el de los bravos mineros —nieve y acero—. A las campesinas de Castilla, de rostro dorado como las espigas que antaño segaban y que hoy marchan por la meseta castellana capitaneando tropas de recios campesinos —bronce y fuego— a barrer el fascismo. A las milicianas que en el frente de la sierra madrileña o en la retaguardia formarán si llegase el caso, la guardia de hierro sobre los cadáveres de sus novios o sus maridos y cerrarán el paso a la barbarie de las hordas moras. A las campesinas andaluzas —rostros de cobre y ojos de sueño, prestancia enlutada y lírica de gitana garcilorqueña— que, palmo a palmo, reconquistan los olivares y los campos en donde a la espuma dorada de los trigales ha sucedido el plantío de la muerte. A nuestras compañeras socialistas y libertarias, que en los frentes de Aragón ganan batallas y a la par se ganan la inmortalidad histórica.

¡A todas ellas, salud! ¡Porque supieron, sin perder su feminidad, dar una lección de valor y heroísmo a los hombres!

Pero son minoría. Están las otras. Las que creyeron que ésta era una guerra de novela. Las envenenadas por la literatura burguesa de guerra y por las líricas mentiras bélicas del lienzo de plata. Esas que se han puesto el uniforme de milicianas porque el azul favorece. Las que antes de salir a la calle se dibujan con los rizos diez mil arabescos bajo el gorrito. Las que usan la pistola para "epatar" a las comñeras de taller. Las que usan pantalones porque siempre envidiaron a las "girls" de revista que los llevaban y ven ahora una discreta oportunidad. Las que deshonran el mono azul convirtiéndolo en "toilette" de conquista. Las que en un impulso marcharon al frente de enfermeras soñando con ser Joan Crawford, llevar un blanquirrojo uniforme y atender heridas invisibles y líricas de soldados rubios y fotogénicos, y luego se desmayaron ante el cadáver de un miliciano o ante un mutilado por la metralla. Las que fueron al frente perfumadas y oxigenadas y fueron incapaces de atender a un gangrenado, al percibir el olor de la podredumbre. Las que, en grupos, disfrazadas de miliciano, marchan por las calles de la ciudad haciendo pasos de revista y coqueteando frívolamente. Y sobre todo aquellas —más inconscientes que culpables— que fueron al frente para excitar la sensualidad de los luchadores.

Todos las hemos visto: En el frente han sido a veces falsas milicianas o seudoenfermeras; en la retaguardia supuestas madrinas de guerra. En tres tipos podemos clasificarlas: Las románticas, que alucinadas por una falsa estampa romántica de la guerra, se entregaron a los soldados, en lo que ellas estimaban una ofrenda sacrificial en los altares de la guerra. Las que se dejaron envolver por la atmósfera sensual que siempre se generó en los ambientes de guerra, en dondequiera que la sangre, el dolor y la muerte, matizaran las circunstancias del momento. Y las que deliberadamente aprovecharon tal oportunidad, para mercantilizar su cuerpo y hacer de él un motivo de lucro, sin reparar en las consecuencias que ello podía representar a los luchadores.

A las primeras, de psicología en la cual dominaba la tonalidad efectiva, la nota sentimental, hemos de dirigir una amistosa advertencia, porque las hemos visto regresar del frente, llorando muchas veces un contagio venéreo o abrumadas por el recuerdo de horas que vanamente desearía borrar de su vida. Pero la guerra es así. No es un escenario romántico, en el cual soldados con el casco florido y un vergel de ensueños en la frente, hacen la guardia junto a un muro cubierto de líricas madreselvas, oyendo en la lejanía un piar de avecilla, que es un hilo de cristal. A ese soldado ellas quisieran premiar en su heroísmo con el amor. Pero ni es éste el momento de amar, ni es así la guerra. Esa muchacha novelesca y sentimental, está en el frente excitando pasiones que hoy deben transmutarse en energías de lucha y no despilfarrarse en escarceos eróticos. No es la muerte chiquita del amor, sino la muerte trágica, despanzurrado por unas bayonetas, despedazado por un obús, traspasado el corazón por una bala, la que amenaza. Y a hombres que viven en trance de muerte, no les pidas miliciana romántica, que miren los guiños de oro de una estrella, porque ellos saben que si no miran el fango, corren peligro de muerte. Vuélvete de allá y ven a la retaguardia. Hoy ellos son héroes de bronce, Atlantes del Ideal, grandes en sus cívicas virtudes y en su heroísmo revolucionario, pero también en sus pasiones e instintos. Hoy tan sólo verán en ti a la hembra, mañana verán la mujer. ¡Ve a trabajar en la retaguardia, a coser, a planchar, a hacer fortificaciones, a escribir en una oficina, a cuidar heridos, en vez de ir allá a encender antorchas eróticas en el pecho sereno de los milicianos populares o a sembrar discordias entre ellos!

BIBLIOTECA NACIONAL

No puedes ni debes ir a buscar ni a dar amor en donde no debe haber más que serenidad, calma interior, disciplina y entusiasmo de lucha.

¿Tú amas al superhombre que pintó Federico Nietzsche, caballero del águila y la serpiente? Pues el superhombre no es ciertamente el hombre erótico, Casanova o César Borgia, sino el Hombre que cuando llega el caso refrena con puño recio al potro enloquecido del instinto, y en vez de agotarlo, espumeante y sudoroso en carreras eróticas, lo unce al carro de lucha o al arado del trabajo. No seas tú quien clave inconscientemente la espuela que hará encabritarse al potro. Guarda tus ilusiones en el área perfumada de tu espíritu. Alienta al hombre a ser continente. La castidad masculina no debe hacerte sonreír, porque ella puede, en un momento determinado, ser la fuente de magníficas reservas energéticas. Cuando ganemos la guerra, entonces estará el varón en condiciones de recibir el premio de tu amor. Entonces le verás recibir tu amor y ser a la vez romántico y sensual, idealista y apasionado. Pero ni en tí habrá muerto el sentimentalismo amoroso que hoy verías destrozarse en el teatro guerrero, ni habrás sido tú la causa de una fatiga o un desgaste nervioso que pudiera ser fatal al miliciano.

¿Y las otras? ¡Ah, las víctimas de la acre emanación sensual de la guerra, del erotismo exacerbado que la muerte despierta! Las que van al frente a combatir y acaban por ser un balón que pasa de uno a otro jugador. ¡Pobres víctimas de un instinto sexual mal cultivado! Ya no hablamos de las repercusiones que una acción erótica intensa puede tener sobre vosotras, sino de lo que ello representa para los varones combatientes. La ciencia sexológica ha demostrado que la única fuente de energía existente en nosotros, es la sexual. Cuando el agua de esa fontana instintiva aboca toda ella a la relación erótica, al culto de Venus, falta para regar otras flores: Las del trabajo científico o artístico, la labor social o la lucha guerrera como en este caso.

De ahí que la energía erótica, siendo un capital que puede desparramarse en muchas empresas o malgastarse enteramente en juegos sexuales, pueda también, si lo precisa, concentrarse íntegramente en una acción determinada. Y entonces, si se estima la energía erótica, se acrecenta la energía de trabajo o combativa. En tiempos normales, el ideal eugénico por el cual tanto he luchado, es la libertad de amar para todos, la libre, armónica, limpia y sincera relación amorosa, libremente practicada y respetada, a fin de que verificándose de modo disciplinado, sigan el hombre y la mujer en un estado de equilibrio anímico tal, que puedan rendir el máximo esfuerzo en su trabajo. Pero estamos en guerra. Hay que economizar energías. La castidad temporal o al menos la disciplina y armonización de las relaciones sexuales se impone. Y la naturaleza os tiende una celada para haceros incurrir en el extremo opuesto. ¡Alerta! Como os dije en mi "Mensaje eugénico a los trabajadores", la compensación a la muerte la busca la Biología exacerbando los instintos genésicos, lo cual, unido a la ausencia de responsabilidad en los amenazados por el peligro, provoca ese frenético abrazo voluptuoso de hombres y mujeres durante la guerra, en cuyo fondo late la ansiedad de crear más vida que compense la que se marcha.

No podéis caer en la celada. Mucho menos iniciar flirteos en apariencia sin consecuencias, pero que dejan en ambos labios la sed del agua que tan sólo humedeció los labios. Biológicamente, el flirteo es un defraudamiento y una mutilación; socialmente una odiosa frivolidad; sexualmente un prólogo vacío de sentido. Pero en época de guerra, el encender ansias que ya no se apagarán y dejarán al hombre luchando con un tiránico enemigo interno es además una traición.

¿Y vosotras, mercenarias o medias virtudes, cuya imagen es la de las evangélicas vírgenes aguardando en la puerta de su cabaña con la lámpara de aceite de cedro encendida esperando al viajero, que en plena Revolución intentáis convertir la tierra sagrada del frente, empapada en sangre proletaria, en lecho de placer? ¡Atras! Si el miliciano os busca, que lo haga en sus horas de licencia y bajo su responsabilidad moral, ayudado por los recursos higiénicos de rigor. Pero no vayáis a desviarlo de su ruta y a poner en el acero de sus músculos la blandura de la fatiga erótica. Estamos en el pórtico de un mundo nuevo que os redimirá. Un examen psicotécnico revelará vuestras aptitudes no cultivadas, un estudio sociológico las causas del fracaso social que os condujo a la prostitución y después las horas de trabajo os permitirán vivir una vida digna y libre, sin la tiranía de antaño y con el derecho a conceder vuestro amor a quien sea merecedor de él y no a quien tenga más plata para comprarlo.

Pisando ya el nuevo escenario de vuestra futura existencia, no podéis despedir vuestra antigua vida, yendo a sembrar de males venéreos el frente de batalla. ¡No! Los milicianos, si caen que sea por una bala y no por una enfermedad venérea que hoy les arrincone en un hospital y mañana les convierta en una fuente de contagio para su familia. ¡Retornad a retaguardia! La guerra es cosa de hombres. Y hoy se trata de la más formidable cruzada que registra la historia del mundo. En un brutal cuerpo a cuerpo con el Capital, el Trabajo matará al parasitismo y la tiranía, hincándoles en su negro corazón la bandera de luz de la libertad. La enfermedad venérea debe ser extirpada del frente, y para ello, hay que eliminar previamente a las mujeres. ¡Id voluntariamente a retaguardia! Aquí os aguardan las máquinas de coser, los talleres, las fábricas, todos aquellos sitios donde antes trabajó el miliciano y que hoy deben ser ocupados por las mujeres. ¡Qué espléndida ocasión para rehabilitaros de vuestro ayer mercenario, con un hoy de trabajo entusiástico, precursor del mañana en que volveréis a la vida digna y bella de obreras liberadas merecedoras de un amor sincero! ¡A trabajar todas! ¡Las que ya lo hacían, aumentad la tarea! ¡Y comiencen quienes no trabajaban antes! ¡La Revolución os lo exige! Lo que no debéis tolerar, en honor de vosotras mismas es que ni un solo día más se paseen las niñas bonitas luciendo el mono azul, la pistola de nácar y los correajes charolados. ¡A trabajar y a honrar el uniforme si desean llevarlo! Pero las mujeres proletarias deben cortar en seco esa grotesca mascarada. ¡El mono azul para la que lo precisa de veras! ¡Y las demás que se lo quiten! ¡Una de dos: O se tiene coraje para ser una miliciana de cuerpo entero y morir como una Aida Lafuente o una Lina Odena, o se pone una a coser y trabajar en su casa! Y después vendrá el nuevo día. El verdadero amor, el nacido entre compañeros afines en sus ideas y sentimientos, no el improvisado en jornadas trágicas de zozobra e inquietud.

¡Mujeres proletarias: Vendrá el alba de vuestro amor después de la sangrienta noche que atravesamos! Sobre los campos yertos en donde duermen los caídos, florecerá el trigal de oro de una nueva era. Los guerrilleros de hoy, serán los trabajadores de la sociedad sin clases del mañana, y vosotras sus valientes compañeras. ¡Ayudadles hoy en la retaguardia a ganar la guerra, trabajando ásperamente día y noche, ocupándoos de que ellos no pasen frío, ni sufran privaciones, ni se paralicen las industrias, ni falten mujeres enfermeras en los hospitales. El amor vendrá después a abrillantar el mediodía triunfal. Lo habréis ganado a pulso, con vuestro comportamiento de hoy.

¡Adelante, mujeres proletarias! Preparaos a llegar sanas de cuerpo y alma a ese nuevo día que se acerca, en el cual el amor, libre de cadenas, un amor sin prejuicios, será brújula en vuestra vida. La Revolución, abriéndoos todas las puertas de la vida, creará un tipo de mujer —vuestras hijas— estatuaria en su cuerpo sano, idealista y libre en su alma límpida, sólidamente de pie sobre el escenario histórico del tiempo futuro, cogida de la mano del varón, formando esa pareja humana de forjadores de la nueva Era.

Os he hablado con rudeza. Disculpadme, pero no me creería amigo vuestro a no haberos hablado con palabras desnudas, con la pureza de la desnudez leal. Y vosotras, en gracia a mi intención, comprenderéis la cruda fiereza de mi lenguaje. Soy hombre, y para hablar a las mujeres, he deseado hacerlo con toda lealtad, como es mi norma. ¡Mujeres proletarias, adelante! ¡Vuestro destino no es ayer, sino mañana! ¡Y ya ha cantado el gallo anunciador del nuevo día!...

Mensaje a la Mujer Obrera

CONFERENCIA EN EL PALACIO DE LA MÚSICA CATALANA
EN OCASIÓN DE LA «SEMANA DE LA MUJER»

SALUTACIÓN PRELIMINAR

MUJERES de Cataluña y de España, trabajadoras, compañeras de lucha y esperanza! En la hora crucial de la Revolución social española, os dirigimos este Mensaje destinado a despertar en vosotras la conciencia individual de vuestros deberes y la noción histórica de vuestros derechos.

Vayan mis palabras y vaya el mensaje que dirijo a las mujeres de Iberia, a las trabajadoras, a las compañeras de Ideal que nos han seguido y alentado en toda nuestra campaña, si bien es forzoso que este Mensaje vaya impregnado de la responsabilidad, de la inquietud, de la preocupación que gotea la hora que estamos viviendo. Pero debo hacer una afirmación preliminar y rotunda. Cuando en estos momentos contemplamos, a raíz de ciertos acontecimientos bélicos, expresiones, miradas que reflejan cierto aire de pesadumbre, nosotros tenemos que reafirmar de modo pleno y vigoroso, especialmente a las mujeres trabajadoras que en estos momentos pudieran estar desalentadas, nuestra profunda, nuestra ferviente, nuestra ciega confianza en la Victoria. Y hemos de reiterar esa confianza por una serie de razones, una de las cuales, acaso la mayor, es que la más perfecta alegoría de la Victoria, es aquella que nos la presenta como una antorcha encendida que pasa de mano en mano. Ahora la lleva un corredor que marcha con ella encendiendo a su paso las tinieblas de la noche con resplandeciente de fuego. Aquella antorcha, cuando el paso del corredor decae y se hace más tardo, hasta llegar a caer al suelo, es arrancada de sus manos por otro más robusto y la carrera continúa, y la antorcha sigue siempre pasando de mano en mano, hasta llegar a la meta final que se anhelaba por encima de los cuerpos de los caídos.

Uno de esos momentos, uno de esos instantes en los cuales la antorcha parece llegar a caer a ras del suelo, para volver a elevarse en seguida y lucir con más brillantez que anteriormente, es el momento que vivimos; y en el mismo nosotros hacemos una reafirmación vigorosa no solamente de nuestra fe y nuestra convicción resolucionaria, sino que reafirmamos también de una